

La racialización en la construcción del término América Latina

Mario Bourbotte*

Resumen

El origen del término América Latina, marca de identidad para los pueblos situados al sur del río Bravo (frontera natural norte de México con Estados Unidos), nos remonta a mediados del siglo XIX, cuando distintos intelectuales y políticos hispanoamericanos lo gestaron a partir del concepto de raza.

Tal denominación, más allá de las diversas teorías existentes al respecto, se fundamenta particularmente en el clivaje¹ latino-sajón imperante en ese entonces, desde los tiempos de los imperialismos franceses y norteamericanos.

En este marco, el objetivo del presente ensayo será realizar una historización del término América Latina considerando sus distintos usos, alcances y significados. Se hará especial hincapié en la vinculación de dicho concepto con el de raza, y con los imperialismos franceses y norteamericanos.

Palabras clave: América Latina; Siglo XIX; Raza; Latino-sajón; Imperialismos.

Abstract

The origin of the term Latin America as an identity stamp for the people living south of Rio Bravo (taking it as the Mexican northern natural border in relation to the United States) takes us back to the mid-nineteenth century, when various intellectuals and Hispanic politicians developed this term from the concept of race.

Such denomination, beyond the diverse existing theories about it, is based, particularly, in the Latin-saxon cleavage prevailing since the French and north-american imperialisms of this historical period.

In this context, the objective of this essay will be to carry out a history of the term Latin America

* Universidad del Salvador; Facultad de Ciencias Sociales - dalj1996@yahoo.com.ar

1. El término clivaje es un anglicismo cuyo significado ronda en torno a las nociones de escisión, disociación o segmentación y fractura, y es usado en diversas disciplinas (psicología, lingüística, medicina). En sociología y ciencias políticas es usado en referencia a las divisiones o disociaciones por causas económicas, ideológicas, culturales, étnicas, entre otras, de una sociedad, grupo o movimiento.

considering its different uses, and meanings over the time. Special emphasis will be placed on linking this concept with race, and with French and North American imperialisms.

Keywords: Latin America; 19th century; Race; Latin-saxon; Imperialisms.

Introducción

Si se entiende por latino, según una de sus acepciones, al natural de los pueblos de Europa y América en los que se hablan lenguas derivadas del latín, (Real Academia Española), ¿por qué, entonces, referirnos mediante ese término al espacio geográfico meridional al río Bravo, de habla mayormente hispana a excepción de Brasil?; ¿por qué tal denominación sería válida para Guyana y Belice, donde se habla inglés al igual que en otros países insulares del área?; ¿y en el caso de Surinam, donde se habla el holandés (Rouquié, 1994)?; ¿con qué motivo podemos llamar latinos a quienes viven en Guatemala, donde el 50 % de la población es descendiente de los mayas y habla las lenguas originarias, o a quienes habitan las sierras ecuatorianas y parte de los territorios de Colombia, Perú, Bolivia, Chile y Argentina, donde los pueblos originarios y sus descendientes aún hoy hablan el quechua?; ¿qué sentido tiene la utilización del término en Paraguay, Bolivia y en zonas de Brasil y Argentina, donde es bastante común el uso del guaraní –una de las lenguas oficiales de los dos primeros–? Más extraño aún es el caso de la denominación latino para Haití y otros Estados insulares del Caribe, donde se habla el francés. Raro también es el hecho de que no se considere incorporar a la provincia francófona canadiense de Quebec al área latinoamericana.

Pues bien, para tratar de comprenderlo definiremos, en primer lugar, el concepto de raza, desde sus orígenes hasta nuestros días. Luego, nos remontaremos a los hechos históricos, acontecidos entre 1830 y 1870, vinculados a las pretensiones expansionistas de Francia y los Estados Unidos de Norteamérica que han dado lugar a las posturas históricas que atribuyen la paternidad de la adjetivación latina a nuestro continente a la influencia de los designios imperiales de uno u otro. El clivaje latino-sajón, vigente en aquellos años, resulta de vital importancia para comprender el porqué de tal denominación.

El concepto de raza

A partir de los avances en la navegación –entre otros campos– que sobrevinieron al Renacimiento, y que le permitieron al hombre europeo alcanzar otras regiones habitadas por seres humanos de

variadas características físicas –siglo XV en adelante–, comenzaron a plantearse las primeras clasificaciones raciales. Estas fueron realizadas sin rigor metodológico ni ningún tipo de jerarquización² (Jackisch & Seefeld, 1981).

Recién en el siglo XVIII los iluministas³, aplicando sistemáticamente el método científico que fue de uso común para las nuevas ciencias del hombre, comenzaron a efectuar una clasificación rigurosa de los tipos humanos. Fue fundamental la obra de Friederich Blumenbach (1752-1840), quien realizó acabadas descripciones del hombre, su conformación anatómica, medidas del cráneo y color de piel, ojos y cabellos (Jackisch & Seefeld, 1981).

Buffon utilizó por primera vez la palabra raza en un marco descriptivo, y confeccionó un listado de todas las variedades humanas conocidas por él. También a fines del 1700 se efectuaron las primeras comparaciones entre el hombre blanco y el negro –a quien se presentaba, dada su incultura, como un ser inferior–, cuyo escenario se sitúa en las disputas entre esclavistas (que pretendían justificar su comportamiento) y antiesclavistas (Montagu, citado en Jackisch & Seefeld, 1981).

A partir del evolucionismo darwiniano, comenzaron a tener preponderancia las clasificaciones raciales jerárquicas, objetadas por muchos antropólogos de la época por ser científicamente arbitrarias y éticamente cuestionables. Ellas, no obstante los posteriores aportes de la genética que las refutaron, llegaron hasta nuestros días. Fueron sintetizadas en su momento por el Conde de Gobineau en su *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, publicado en París entre 1853 y 1855. Esta obra, junto a otras de similar tenor, fue la base científica del racismo de Richard Wagner. Su yerno, Houston S. Chamberlain, las retomó en la *Fundamentos del siglo XIX*. Todo ello resultó ser el sustento ideológico de *Mi lucha*, escrito por Adolfo Hitler (Jackisch & Seefeld, 1981).

A este respecto, si bien las primeras obras del escritor, filólogo e historiador francés Ernest Renán, en las décadas de 1850 y 1860, habían fomentado la consolidación del orientalismo y del “racismo” científico en Europa, el auge del antisemitismo racista lo llevó a cambiar sus posturas (Sand, 2011). Brindó distintas conferencias que ayudaron a apaciguar el antisemitismo imperante en la sociedad francesa, antes y durante el desarrollo del caso Dreyfus. Entre ellas cabe mencionar la llevada a cabo

2. Jerarquizar: establecer categorías con un ordenamiento de mayor a menor, de superior a inferior. Los criterios de jerarquización empleados pueden ser diversos: más y menos perfectos físicamente, más y menos cultos, más y menos inteligentes, etc.

3. Iluminismo: movimiento filosófico del siglo XVIII que endiosaba la razón, creía en el progreso ilimitado y luchaba contra el tradicionalismo medieval.

el 11 de marzo de 1882 en la Sorbona, donde pronunció “¿Qué es una nación?”. En la mencionada ponencia, relativizaba el concepto de raza a través de frases tales como “Carlomagno, a su manera, rehízo lo que Roma ya había hecho: un imperio único compuesto de las razas más diversas” (Renan, 1882, p. 6); o bien “(...) nada ha significado la consideración etnográfica en la constitución de las naciones modernas. Francia es céltica, ibérica, germánica (...)” (Renan, 1882, p. 6); al igual que “la verdad es que no hay una raza pura, y que asentar la política en el análisis etnográfico es montarla sobre una quimera” (Renan, 1882, p. 6). Definió esencialmente la nación sobre una base voluntarista: “Una nación es, pues, una gran solidaridad constituida por el sentimiento de los sacrificios que se han hecho y de los que aún se está dispuesto a hacer” (Renan, 1882, p. 11).

Raza como sistema clasificatorio y concepto explicativo.

Señala Seefeld,

que “raza” es un concepto teórico, una construcción intelectual como todos los conceptos científicos, y que observamos individuos con distintas características físicas, pero no individuos de distintas “razas”. Enfocando el concepto de “raza” desde una perspectiva descriptiva, clasificar los distintos tipos humanos es ordenarlos en categorías homogéneas y diferenciadas las unas de las otras, según ciertas características claramente explicitadas, que pueden ser tanto rasgos fenotípicos (externos) como genotípicos (genéticos). Los intentos de clasificaciones raciales fueron múltiples y los problemas a que dieron lugar fueron siempre los mismos: la imposibilidad de encontrar grupos homogéneos y claramente diferenciados, tanto usando rasgos externos más superficiales como características genéticas (Jackisch & Seefeld, 1981, p. 53).

En tanto “raza”, como concepto explicativo, es utilizado para explicar otros fenómenos – conductas, aptitudes intelectuales o diferentes grados de desarrollo cultural– nos encontramos con que son siempre consideraciones o sistemas de juicios cargados de prejuicio o bien discriminatorios, en mayor o menor medida sutiles, contra algún otro grupo. No existe, sin embargo, una investigación que haya podido demostrar la conexión de estas relaciones. Se trata de teorías carentes de empirismo, o bien, de ideologías racistas (Jackisch & Seefeld, 1981).

Tal como se explicita en el libro de Jackisch & Seefeld:

Según Manning Nash, el esqueleto de toda teoría racista puede ser sintetizado en seis proposiciones:

- 1- Se intenta presentar como leyes naturales ciertas proposiciones formuladas por individuos respecto a las relaciones raciales.
- 2- Las razas difieren en su capacidad de captar las complejidades de la civilización. Dicho de un modo más simple, hay razas más capaces o más inteligentes que otras.
- 3- El nivel de logro cultural de una raza es indicador de sus capacidades innatas.
- 4- Dejadas a su arbitrio, las “razas inferiores” destruyen la herencia cultural.
- 5- La lucha contra la igualdad racial es la lucha por los intereses de toda la humanidad, y
- 6- Los que favorecen la igualdad son indeseables (Jackisch & Seefeld, 1981, p. 64).

El expansionismo decimonónico francés

Según lo referido por el historiador norteamericano John L. Phelan, en un trabajo que data de 1965, se menciona a América Latina como tal alrededor de 1861, cuando en la Francia de Napoleón III se acuña el término como pretexto del proyecto expansionista que se iniciará luego, con la invasión a México. Es una expresión de antiguos propósitos unificadores entre los pueblos latinos, en contraposición al sajonismo y al paneslavismo, de los que Francia recelaba. Uno de los precursores de estas ideas es el intelectual y economista político francés Michel Chevalier (1806-1879) quien, en 1836, luego de recorrer México, Estados Unidos y Cuba, publicó un libro con impresiones de sus viajes. En él, hacía concreta referencia al antagonismo entre la “raza latina o romana” y la “raza germana”, en la cual incluía a los “anglosajones”. No hacía en realidad expresa referencia a “América Latina” en forma colectiva, sino que se limitaba a utilizar el adjetivo “latino” para identificar como tales a los habitantes de una zona determinada de América (Citado en Quijada, 1998).

Si bien esta diferenciación entre dos ramas aparentemente antagónicas de la civilización occidental no respondía a una idea original de Chevalier (Litvak, citado en Quijada, 1998), su tratamiento del tema abarcó el hecho, no considerado hasta ese momento, de que tanto la “raza latina” como la “raza germana” se habían reproducido en América. Al igual que la Europa meridional, las naciones hispánicas del Nuevo Mundo eran latinas y católicas, mientras que América del Norte era protestante y anglosajona.

De ello resulta Francia, al decir de Chevalier, la primera entre las naciones latinas, la destinada a encabezar la conducción de sus naciones hermanas en su predominio sobre la “raza sajona” (Phelan, 1979).

Esta mirada de Chevalier resultaba coincidente con el expansionismo de Napoleón III. Este último recurría al proyecto unificador de los pueblos latinos, argumentando un origen racial en común, el mismo credo católico y similares rivales: los germanos y anglosajones del norte y los eslavos del este. Ambos personajes se encontraban identificados con el socialismo utópico creado por Claude Saint Simon y Charles Fourier, cuyas ideas de fomentar empresas económicas ventajosas y la construcción de un canal interoceánico (Chaunu, 1987), entre otras, sumadas a lo anteriormente expuesto, derivaron más tarde en la segunda intervención francesa a México, juntamente con España y el Reino Unido, que a poco de iniciada aquella se retiraron (Phelan, 1979).

Fue precisamente en 1861, durante los prolegómenos de aquella, que el término América Latina fue publicado en un artículo de la *Revue des Races Latines* (Revista de las Razas Latinas). Luego, los invasores del territorio mexicano hicieron uso del término de manera de integrar su acción expansionista al Proyecto Panlatino, que pretendía presentar un frente común a las “razas rivales”. Así, esta versión del origen del nombre “América Latina” adquirió gran aceptación y fue tomada como la única valedera durante muchos años.

Si bien podemos encontrar a otros autores que aceptan el origen de “*la latinité*” en los apologistas de la corte de Napoleón III (Stavenhagen, 1986), otros consideran, según la interpretación propuesta por el uruguayo Arturo Ardao, que surgió con la complicidad de la intelectualidad francesa, española y criolla hispanoamericana, impulsada principalmente por las élites criollas que se miraban en Francia, puesto que España había quedado en el último vagón del tren de la modernidad (Ardao, citado en Mignolo, 2007).

Del imperialismo francés al Destino Manifiesto.

La afirmación de Phelan se vería contrariada cuando, en 1965, coincidentemente en el año de la publicación de su artículo, el profesor uruguayo Arturo Ardao publicara en Montevideo un trabajo titulado “La idea de Latinoamérica”. En él, daba a conocer que el término “América Latina” había sido utilizado por los habitantes de estas tierras con anterioridad a lo señalado por aquel. Lo sostuvo en 1980, en su libro *Génesis de la idea y el nombre de América Latina* (Ardao, citado en Quijada,

1998). Tiempo más tarde se sumó un artículo publicado en Toulouse, Francia, coincidente con esa línea trabajo, del investigador Miguel Rojas Mix. Ambos probaban que antes de 1861, más precisamente durante la década de 1850, el concepto de “América Latina” venía siendo utilizado, entre otros, por el dominicano Francisco Muñoz del Monte, los chilenos Santiago Arcos y Francisco Bilbao y, en particular, por el colombiano José María Torres Caicedo (Rojas Mix, citado en Quijada, 1998).

En su trabajo, Quijada expone particularmente que la adopción del término “latino” por parte de aquellos se dio en un contexto de temor respecto de la política de los Estados Unidos en relación a los países ubicados al sur de sus fronteras, hacia donde el país del norte tenía localizados sus esfuerzos para lograr la construcción de un paso interoceánico, en el área centroamericana.

Señala también que la filiación “latina” fue utilizada por distintos políticos e intelectuales hispanoamericanos en el marco de la indignación provocada ante la invasión de Nicaragua, entre 1855 y 1860, por parte del filibustero norteamericano William Walker. Fue él quien, en nombre del Destino Manifiesto—doctrina que sirvió para justificar la expansión continental de Estados Unidos—, pretendió incorporar a los países centroamericanos al territorio de los Estados esclavistas sureños de la Unión, al punto de hacerse con el control de aquel país y proclamarse como presidente, con el reconocimiento velado como tal del presidente norteamericano Franklin Pierce. Esa aventura concluyó con su fusilamiento.

Refiere asimismo Quijada, mientras no surjan pruebas que lo contraríen, que fue el abogado y periodista colombiano José María Torres Caicedo el primero en utilizar el término “América Latina” cuando, en 1856, en el poema titulado “Las dos Américas”, hizo mención al peligro que representaba la América del Norte para los países localizados al sur de sus fronteras, e instó a sus compatriotas hispanoamericanos a congregarse ante tal amenaza, embuido de una tendencia propia de la época que la historiadora denomina “racialización de las categorías” (Quijada, 1998, pp. 606-607). Menciona en uno de sus versos: “La raza de la América Latina / Al frente tiene la raza sajona” (José María Torres Caicedo, citado en Quijada, 1998, p.607).

También en 1856, el chileno Francisco Bilbao utilizó un nuevo adjetivo para referirse a la existencia no ya de una “raza latina” sino de una “raza latinoamericana” (Mix, citado en Quijada, 1998). Caicedo volvió a utilizarlo en 1858, al escribir acerca de las Repúblicas Latinoamericanas; publicó en 1861 un panfleto titulado “Bases para la formación de una Liga Latino Americana”, y en 1865 el libro *Unión Latino Americana* (Quijada, 1998).

La utilización del término se hizo extensiva a otros campos del conocimiento, al punto de que comenzó a hablarse de una Literatura Latinoamericana y de escritores latinoamericanos; mientras que en el terreno jurídico el argentino Carlos Calvo, en 1862, se refirió a “(...) los Estados de América Latina, comprendidos entre el golfo de Méjico y el Cabo de Hornos, desde el año de 1493 hasta nuestros días” (Quijada, 1998, p. 608), lo que acontecía contemporáneamente a la ocupación francesa de México.

En su análisis, Quijada refiere que lo original de esas posturas era precisamente la utilización de la categoría “raza”, ya que ni Simón Bolívar como así tampoco otros luchadores por la independencia del poderío español habían basado sus propuestas en premisas basadas en las categorías raciales. Estas que estaban muy extendidas a mediados de ese siglo; *Democracia en América*, escrita en 1837 por Alexis de Tocqueville, ya expresaba: “Así, pues, no hay ya, a decir verdad, sino dos razas rivales que se reparten actualmente el Nuevo Mundo: los españoles y los ingleses” (De Tocqueville, 2002, p. 380).

Asimismo, en 1881, la propuesta del Secretario de Estado Norteamericano James G. Blaine de celebrar una conferencia americana en el marco de las rivalidades entre el país del norte y las potencias europeas respecto a las relaciones mantenidas con el resto de los países del continente, que evidenciaba un resurgimiento de la Doctrina Monroe, no fue bienvenida. Esto dio lugar, en Buenos Aires, a la fundación de una publicación periódica, la *Revista Latinoamericana*, y de la Sociedad Unión Latinoamericana de las Repúblicas del Plata. Ello contribuyó a la propagación del nombre América Latina.

Finalmente en 1898, señala Quijada, la guerra entre España y México, que derivó en la independencia de Cuba, colocó el término “América Latina” en una situación de privilegio toda vez que el citado conflicto fue visto en Occidente como el combate postrero entre los “latinos” y los “anglosajones” (Quijada, 1997 citado en Quijada, 1998).

Conclusiones

Conforme la definición del concepto “raza”, y su marcado y particular uso a mediados de 1850 por parte de Francia y los Estados Unidos de Norteamérica en sus políticas expansionistas, cabría aceptar la “racialización” en la construcción del término “América Latina”. Este presenta la utilidad de abarcar un espacio geográfico y cultural más extendido que otras denominaciones tales como Hispa-

noamérica, Iberoamérica, América del Sur o América Central, a la vez que se hace extensivo a regiones en su momento colonizadas por europeos latinos no españoles, es decir portugueses y franceses.

Del mismo modo, y mientras no surjan otras teorías en contrario, podríamos inclinarnos por el hecho de que el surgimiento y buena acogida del nombre “América Latina” fue adoptado por la contraposición que se dio entre la América de origen español y aquella de origen inglés o sajón. Ello ratificaría la dicotomía latino-sajona a la que oportunamente se hiciera referencia, originada en el expansionismo norteamericano de aquel entonces, y no en las pretensiones imperiales de Francia.

Referencias

Chaunu, P. (1987). *Historia de América Latina* (10ª. Ed.). Buenos Aires: Eudeba.

De Tocqueville, A. (2002). *La Democracia en América*. México: Fondo de Cultura Económica.

Jackisch, C. & Seefeld, R. (1981). *Socialización, raza y prejuicio*. Buenos Aires: Editorial de Belgrano.

Mignolo, W. D. (2007). *La idea de América Latina. La herida colonial y la opción decolonial*. Barcelona: Gedisa.

Phelan, J. L. (1979). El origen de la idea de América. *Cuadernos de Cultura Latinoamericana*, 31, 5-20. Recuperado de <http://ru.ffyl.unam.mx:8080/jspui/handle/10391/2975>.

Quijada, M. (1998). Sobre el origen y difusión del nombre “América Latina” (o una variación heterodoxa en torno al tema de la construcción social de la verdad). *Revista de Indias*, 214(58), 595-616. doi: 10.3989/revindias.1998.i214

Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23ª ed.). Recuperado de <http://dle.rae.es/?w=diccionario>

Renan, E. (1882, marzo). ¿Qué es una nación? Trabajo presentado en la Universidad de la Sorbona, París. Recuperado de http://enp4.unam.mx/amc/libro_munioz_cota/libro/cap4/lec01_renan-quesunanacion.pdf

Rouquié, A. (1994). *Extremo Occidente: introducción a América Latina*. Buenos Aires: Emecé.

Sand, S. (2011). *La invención del pueblo judío*. Madrid: Akal.

Stavenhagen, R. (1986). Cultura y sociedad en América Latina: una revaloración. *Revista Estudios Sociológicos*, 4(12), 445-457. Recuperado de http://codex.colmex.mx:8991/exlibris/aleph/a18_1/apache_media/GYMJN3PUYQ86TAFLT2BFEUDTFUER3L.pdf